

pero no tenia el mismo escrúpulo con respecto á Portugal, que se conceptuaba autorizado para tratar como pais conquistado y aliado de la Inglaterra. Calculando la riqueza de aquel reino mas bien por la de sus colonias, que por la de la metrópoli, previno á Junot que impusiese una contribucion de 400.000,000. Le recomendó la mayor severidad con toda tentativa de insurreccion, recordándole como egeplo, que debia imitar el terrible modo con que habia reprimido al Cairo en Egipto, y á Pavia y Verona en Italia. Le mandó disolver el ejército portugués, y enviar á Francia los individuos que no pudiesen ser licenciados. Le encargó muy particularmente que vigilase á las divisiones españolas que habian concurrido á la invasion de Portugal, que las separase cuanto le fuese dable de las fronteras de España, que tuviese el grueso de sus fuerzas en Lisboa, y dos divisiones de cuatro á cinco mil hombres, una en Almeida para contener á las tropas españolas del general Taranco, que ocupaban á Oporto, y otra en Badajoz, para marchar en caso de necesidad sobre Andalucía: que conservase en el mayor secreto aquella orden, y si estallase alguna colision entre los españoles y franceses, divulgase entre los portugueses que no habia mas motivo, sino que los españoles habian pedido la posesion de Portugal, y se les habia negado.

En fin, Napoleon dió órdenes á la guardia, porque preveia que se veria obligado á trasladarse á España, ya para dirigir la guerra si llegaba á estallar, ya tambien para manejar la politica, si conseguia poner término á los acontecimientos de España como á los de Portugal, con la fuga de la

familia real. Envió sucesivamente á Bayona los mamelucos, los polacos, los marinos de la guardia, muchos destacamentos de cazadores y granaderos á caballo, y un regimiento de fusileros, es decir, cerca de tres mil hombres. Confirió el mando de estas fuerzas al intrépido Lepic, con orden de que se hallase los primeros dias de marzo en Burgos, con toda la infantería, y la caballería en el camino desde Bayona á aquella ciudad.

Estas disposiciones militares no eran suficientes para conseguir el objeto que se proponia Napoleon. Mientras que sus tropas debian avanzar misteriosamente hácia Madrid, sin proferir palabras de seguridad y confianza, sino en favor del pueblo español, pero ni una sola con respecto á la familia reinante, hizo obrar á su diplomacia en el mismo sentido. Mr. de Beauharnais pedia sin cesar á París instrucciones para en caso de una catástrofe que parecia inminente. Solicitaba sobre todo, dar alguna muestra de interés á Fernando, pues seguia convencido de que era necesario derribar al favorito en provecho del principe, y efectuar la fusion de las dos dinastías por medio de un matrimonio. Napoleon, que estaba entonces muy distante de pensar en semejante plan, y que se reia amenudo de la credulidad de Mr. de Beauharnais, de su poca destreza, de su avaricia, de la importancia que procuraba darse, y que le dejaba en donde estaba, porque le convenia un hombre de bien, sin talento para desempeñar el ridiculo papel de un embajador á quien nada se participaba, le previno que guardase la mas estricta neutralidad entre los partidos que dividian la España, no manifestar interés por ninguno de ellos, y que

cuando se le hablase de las disposiciones del emperador de los franceses, contestase únicamente que estaba descontento, muy descontento, sin decir de qué; que cuando se le hablase de la marcha de los ejércitos franceses, añadiese, que Gibraltar y Cádiz exigían probablemente una concentración de tropas, porque los ingleses dirigían muchas fuerzas sobre aquel punto, pero que el gabinete español era tan indiscreto, que no podía confiarle el secreto de ninguna operación militar.

Estas instrucciones bastaban para el papel que debía representar Mr. de Beauharnais. Pero Napoleón empleó un medio mas seguro para llenar de terror á la desgraciada corte de España. El señor Izquierdo procuraba introducirse en las Tullerías, y hacia grandes esfuerzos por descubrir algo con Mr. Duroc, con quien habia negociado el tratado de Fontainebleau, y con Mr. de Talleyrand, mediador principal de los asuntos de España. Viendo que le era imposible obtener la publicación del tratado de Fontainebleau, llegó á persuadirse de que en París se quería otra cosa, que la partición del Portugal no habia sido mas que un arreglo provisional para obtener la cesion inmediata de la Toscana, y que sin duda se pensaba en derrocar la dinastía. Con su ordinaria perspicacia habia previsto, no los medios, pero si el objeto que se habia propuesto Napoleón. Alhagando á Mr. de Talleyrand, habia tratado de descubrir, si amplias concesiones de territorio ó de comercio acompañadas de un matrimonio, podrian aplacar la cólera verdadera ó fingida del conquistador. Mr. de Talleyrand que se inclinaba á un proyecto intermedio, habia escuchado al señor Izquierdo, y aun tal

vez propuesto que se aceptasen las ideas cuyo ensayo queria hacer el agente de don Manuel Godoy. Aquellas ideas correspondian exactamente con el segundo plan que ya hemos dado á conocer. Tratabase en efecto de casar á Fernando con una princesa francesa; de dar á la Francia las provincias del Ebro, en cambio de la parte de Portugal que habia quedado disponible; de abrir á los franceses las colonias españolas; de unir las dos coronas no solo por medio de un matrimonio, sino tambien por un tratado de alianza ofensiva y defensiva que les hiciese comunes la paz y la guerra, y de dar á Carlos IV el titulo de emperador de las Américas. Tales eran las ideas del señor Izquierdo, tanto para sondear á la corte de las Tullerías, como para llegar á una conclusion. De repente, Napoleón mandó tratarle con la mayor dureza, despedirle como si estuviese ya cansado de sus tergiversaciones, y como sino quisiese tener ya nada de comun con una corte tan débil, tan incapaz y tan poco sincera; en una palabra, compelerle á partir para Madrid, para que difundiese el terror de que estaria poseido. Mr. Duroc recibió orden de escribir al señor Izquierdo que haria muy bien en regresar inmediatamente á Madrid (1), para disipar las densas nubes que se habian formado entre ambas cortes. No se decia qué nubes eran aquellas; pero el señor Izquierdo sabia á qué atenerse, y bastaba hacerle marchar para causar á la corte de España una agitacion que la obligaria á tomar una resolución

(1) Esta carta se halla en el Louvre y tiene la fecha del 24 de febrero

definitiva. El señor Izquierdo salió de París en aquel mismo día.

Al mismo tiempo era preciso contestar á la carta de 5 de febrero, en la que Carlos IV pedía desconsolado á Napoleon que disipase sus recelos en cuanto á sus intenciones, y á la marcha de las tropas francesas que avanzaban en aquel momento hácia Madrid. En esta carta no hablaba ya Carlos IV del matrimonio de su hijo con una sobrina de Napoleon, viendo que éste aparentaba no pensar en aquella proposicion. Como el que busca una contienda, Napoleon, en vez de procurar disipar con su respuesta la alarma de Carlos IV se quejaba de que con respecto al matrimonio se guardaba un silencio de que él mismo habia dado ejemplo. Esta respuesta, fechada el 25 de febrero, era tan seca como concisa. Recordaba en ella, que el 18 de noviembre el rey Carlos le habia pedido una princesa francesa; que habia contestado el 10 de enero que prestaba su consentimiento condicional; que al volverle á escribir el rey Carlos en 5 de febrero, ya no le hablaba de aquel matrimonio, y añadía que esta última reticencia le dejaba dudas de que era necesario salir, para arreglar asuntos de gran importancia.

Esta nueva carta, que no era en verdad muy propia para disipar los recelos del infortunado Carlos IV, y que unida á las demas circunstancias del momento debia aumentar su temor, fué entregada por Mr. de Tournon su conductor, *chambellan* del emperador, que ya habia sido enviado á Madrid anteriormente con una mision semejante, y que reunia á su mucha adhesion gran talento y veracidad. Se le encargó que observase bien la

marcha y conducta de las tropas francesas, la disposicion del pueblo español hácia ellas; que observase tambien con cuidado lo que pasaba en el Escorial, y que regresase á Burgos el 15 de marzo para esperar la llegada de Napoleon. Este habia efectivamente calculado que las órdenes espeditas desde el 20 al 25 de febrero surtirian sus efectos en España á mediados de marzo, y que en aquella época tendria que marchar á Burgos, para sacar de los acontecimientos, siempre fecundos en casos imprevistos, el resultado que apetecia.

Podía, pues, creerse racionalmente que la corte de España, ya muy inclinada á seguir el ejemplo de la casa de Braganza, en cuanto viesse acercarse á Madrid al ejército francés, y que Mr. de Beauharnais nada decia porque nada sabia, así como el señor Izquierdo decia mucho porque temia demasiado, no titubearia en huir hácia Cádiz. Si no obstante, á pesar de lo muy recomendado que estaba á las tropas francesas el guardar consideraciones con el pueblo español, sobrevenia una colision imprevista, le quedaba el partido de decir que le habian hecho traicion unos aliados en cuyo pais habia entrado amistosamente para una gran expedicion interesante á la alianza, y se vengaria deponiendo á los Borbones de España, como habia depuesto á los de Nápoles por una traicion verdadera ó supuesta. Napoleon, obrando así como un conquistador que repara muy poco en los medios con tal que consiga su objeto, contaba con grandes resultados, como la regeneracion de la España, y el restablecimiento de las alianzas naturales de la Francia, para escusarse á los ojos de la posteridad de la tenebrosa maquinacion que se permitia con-

tra una corte amiga, y creia en fin, haber encontrado el verdadero medio de derribar á los Borbones, sin emplear las atroces violencias, que en siglos menos humanos que el nuestro, no han vacilado jamás en adoptar los conquistadores. Pensaba que dando un ligero sacudimiento al trono de España sin precipitar de él violentamente á Carlos IV, se obligaria á este príncipe débil, á su esposa y al cobarde favorito á abandonarle para buscar otro en América. Pero este plan, concebido para no indignar demasiado á la Europa y á la Francia, daba lugar á una objecion que habia hecho fluctuar por mucho tiempo á Napoleon para adoptarle. Impulsando á huir al Nuevo Mundo a la casa reinante, como la de Portugal, se acarrea inevitablemente á la España la pérdida de sus colonias, como habia sucedido con Portugal. Los Braganzas en el Brasil, y los Borbones en Méjico, el Perú y las orillas de la Plata, iban á fundar imperios enemigos de sus usurpadas metrópolis, y amigos de los ingleses, que por largo tiempo encontrarian en el abastecimiento de aquellas colonias una indemnizacion de la clausura del continente. Sin duda, penetrando en un porvenir lejano, podia descubrirse en aquellas colonias emancipadas nuevas naciones, que ofrecerian á sus antiguas metrópolis mas medios de cambio, y mas ocasiones de lucro, como sucedia ya con la Inglaterra y los Estados Unidos. Empero España y Portugal, no eran la industriosa Inglaterra, y los americanos del Sur no eran los americanos del Norte; y todo cuanto podia preverse despues de trascurridos muchos años, era la pérdida de las colonias españolas y su explotación en beneficio del comercio británico.

Habia, pues, con la fuga de Carlos IV á América, facilidad suma para usurpar el trono; pero tambien resultaban grandes y serios inconvenientes en cuanto á la suerte futura de las colonias españolas, lo cual debia ser muy doloroso á los españoles, siguiéndose ademas el descontento y la revolucion, con un perjuicio para el comercio francés, proporcionado al beneficio que iba á reportar el del enemigo.

Bien instruido Napoleon de todos aquellos complicados intereses, ideó una nueva combinacion mucho mas astuta que cuantas acabamos de referir, la cual tenia por objeto corregir el único inconveniente que habia en el plan que estaba resuelto á adoptar definitivamente. Hallándose en Cádiz una hermosa division francesa capaz de dominar el puerto y la rada, resolvió emplearla en detener á los Borbones cuando tratasen de embarcarse, y despues de haberlos arrojado por el miedo desde Aranjuez á Cádiz, detenerlos por fuerza en este mismo puerto, antes que escoltados por los ingleses tomasen el derrotero de Veraacruz. En su consecuencia, con fecha de 21 de febrero dirigió al almirante Rosily una órden en cifra, en que le prevenia espresamente que tomase en la rada de Cádiz una posicion desde la que pudiera interceptar el paso de todo buque, y detener á la familia real fugitiva, si trataba de imitar, decia, la locura de la corte de Lisboa (1).

(1) Al fin de este volumen se encontrará una nota en que espongo como he llegado á descubrir el secreto de todas las maquinaciones, que hasta ahora han estado completamente desconocidas.

Seguramente, si se juzgasen estos actos por las reglas de la moral ordinaria que hacen sagrada la propiedad de otro, habria que condenarlos para siempre, como los de un criminal que se apodera de lo que no le pertenece: y aun juzgándolos bajo diferentes principios, no puede menos de recaer sobre ellos el mas severo vituperio; pero los tronos no son lo mismo que la propiedad de un particular. La guerra ó la política los dan ó los quitan, y algunas veces con gran ventaja de las naciones de cuya suerte se dispone de este modo arbitrariamente. Al querer imitar á la Providencia, es preciso tener mucho cuidado en no salir mal de la empresa, en no hacerse odioso ó desgraciado queriendo ser grande, y sobre todo en alcanzar los resultados que deben servir de excusa. Por último, es necesario renunciar á todo acto que no pueda ejecutarse públicamente, y en que haya que recurrir á la superchería y á la mentira. Napoleon meditaba sobre lo que iba á emprender, como acostumbra á hacerlo siempre un político ambicioso. Esa nacion española tan altiva y tan generosa, merece, decia para sí, una suerte mas noble que la de ser esclavizada por una corte incapaz y envilecida; merece ser regenerada; y regenerada, podria prestar grandes servicios á la Francia y á sí misma, ayudar á derrocar la tiranía marítima de Inglaterra, contribuir á la libertad del comercio de Europa, y ser por fin llamada á grandes y hermosos destinos. Privarse de todo esto por un monarca imbécil, por una reina impúdica y por un abyecto favorito, era mas de lo que podia esperarse de una voluntad impetuosa que se lanza á su objeto como el águila sobre su presa, en cuanto la divisa desde

la altura en que habita. El resultado debia probar á qué riesgos se espone el que quiere desempeñar uno de esos papeles tan superiores á la humanidad, cuando no respeta la vida y la propiedad de los hombres, bajo pretesto del fin que se propone.

Murat ejecutó sumisamente las órdenes de Napoleon, que le fueron comunicadas por el ministerio de la Guerra. Se encaminó inmediatamente á Bayona, á donde llegó el día 26 como le prevenian sus instrucciones, siendo tan precipitada su marcha que ni llevó estado mayor, ni aun caballos para su servicio personal. No le seguian mas que los ayudantes de campo que debian acompañar á un oficial de su graduacion, mariscal, gran duque y príncipe imperial al mismo tiempo. Habíalos enviado en todas direcciones para conocer el sitio y colocacion de los cuerpos, ponerse en comunicacion con ellos y encargarse de la direccion de las cosas. El misterio que Napoleon habia observado en sus instrucciones ofendia grandemente la vanidad de Murat; pero descubria tan bien su objeto, y este le agradaba tanto, que nada exigió y se propuso ejecutar puntualmente la voluntad de su soberano.

En Bayona todo era confusion, porque no existia en aquel punto el inmenso tren militar que quince años de guerra habian permitido acumular en la frontera del Rhin ó de los Alpes, y habia sido preciso crearlo todo simultáneamente. Además, las tropas que iban llegando, compuestas de conscriptos y recientemente organizadas, carecian de lo necesario y de la esperiencia que suele suplir en semejantes casos. Se hacia galleta, se fa-

bricaban zapatos y prendas de vestuario, y se establecían medios de transporte que faltaban enteramente, porque había sido imposible proporcionarse los quinientos mulos que había mandado comprar Napoleón, pues aquellos útiles animales solo se encontraban en el Poitu. Hasta el dinero había quedado rezagado por falta de carruages. La artillería se iba reuniendo con lentitud, y el material retrasado del ejército de Junot, se cruzaba con el de los ejércitos de España, y aumentaba el embarazo. A pesar de la claridad, exactitud y vigor que Napoleón entonces, como en otras veces, empleaba en sus órdenes, su ejecución se resentía de las distancias, de la precipitación y de la inesperienza de los administradores, porque los de mas disposición se hallaban empleados en otras partes de Europa.

Murat, que tenía inteligencia, y á quien Napoleón con sus grandes lecciones y continuas advertencias había formado para el mando, pasó muchos días en Bayona para ponerlo todo en orden, informarse de lo que se había hecho, y lo que aun faltaba, y dar conocimiento de ello al emperador á fin de que lo remediasse: en seguida marchó á Vitoria. Atravesó la frontera el 10 de marzo, y el mismo día entró en Tolosa. Si algun gefe convenia á los españoles, por su buena presencia, su aire marcial, y sus modales francos y meridionales, era ciertamente Murat: entre los príncipes franceses destinados á reinar, hubiera sido, á no dudarlo, el mejor que pudiera elegirse para el trono de España. Mas adelante veremos que se cometió una grave falta prefiriendo otro. Los pueblos de las Provincias Vascongadas le recibieron con grandes

demostraciones de alegría. Aquellos habitantes, los mas vivos, valientes y laboriosos de los que pueblan la Península, no tenían las mismas pasiones que el resto de los españoles, ni el mismo ódio á los estrangeros, ni las mismas preocupaciones nacionales. Situados entre las llanuras de la Gascuña y las de Castilla, en una region montuosa, con un idioma particular, y subsistiendo con el comercio ilícito que hacían con la Francia y la España, con grandes privilegios que les servían para continuar su tráfico, privilegios que debían á su posición topográfica y á su valor, constituían una especie de país neutral, una Suiza, por decirlo así, colocada entre la Francia y España. No eran mas que medianamente adictos á la dominación española, y no les hubiera disgustado pertenecer á un vasto imperio, que les permitiese estender á lo lejos su industriosa actividad. Recibieron á Murat con estrepitosas aclamaciones, y demostraron de mil maneras su deseo de pertenecer á la Francia. Las tropas francesas tuvieron excelente acogida: observaron la mas severa disciplina, pagaron cuanto tomaron, y consumieron los artículos del país; fueron para él mas bien una ventaja que una carga.

No menos satisfactorio fué el recibimiento que tuvo Murat en Vitoria, capital de Alava, la tercera de las Provincias Vascongadas en que el espíritu español comienza ya á pronunciarse mas. Entró el 11 en el coche del obispo, que había salido á esperarle con las autoridades. La población acudia en masa á las puertas de las ciudades á saludar al general que había llegado á ser príncipe, y que estaba llamado á ser rey. Los soldados franceses,

aunque mas numerosos en España de lo que exigía la guerra de Portugal, no habian dado todavía el menor motivo de queja. Si se suponía que venian con una intencion política, era únicamente contra la córte, tan aborrecida como despreciada. No habia, pues, razon alguna para resistir á la curiosidad que inspiraban ni á las esperanzas que hacian concebir. Las autoridades, que habian recibido de Madrid orden para preparar víveres, á fin de evitar el descontento, los habian reunido con bastante abundancia. Murat anunció que lo que consumiese el ejército lo pagaria la Francia; pero las autoridades contestaron con la arrogancia castellana, que se recibía á los franceses como aliados y amigos, y que la hospitalidad española no se pagaba.

Así pues, en los primeros momentos no podian presentarse bajo mejor aspecto las cosas: las ilusiones eran recíprocas. Al ver que aquellos españoles recibían tan bien al ejército francés y su ilustre gefe, éste llegó á persuadirse que todo sería fácil en España, que los franceses eran deseados, que se aceptaría con júbilo un rey de su nacion, mucho mas si este rey lo era él. Asombrado del odio profundo y universal que inspiraba el favorito conoció que procurarse la amistad de don Manuel Godoy era un apoyo bien triste en España, y que para obtener el aprecio popular, era preciso, por el contrario, hacer creer que venia á derribarle.

Desde Vitoria, Murat marchó á Burgos, que debía ser la residencia de su cuartel general. Cuando se sale de Vitoria y se pasa el Ebro por Miranda, límite en donde se encontraba entonces la

aduana, y en que ha permanecido despues largo tiempo, desaparece el pais montuoso, variado y risueño y siempre fresco y se entra en la verdadera España. Pasado el Ebro, que por Miranda es poco caudaloso, se atraviesan los desfiladeros de Pancorbo, línea de rocas lisas y escarpadas que forman el último banco de los Pirineos, y desembocan en Castilla. Entonces comienzan llanuras inmensas, horizontes lejanos, y perspectivas tristes y severas. En la vasta meseta de las Castillas, el cielo es sereno y ardiente en estío, brumoso y glacial en invierno, y siempre crudo. Las poblaciones se hallan muy distantes unas de otras, el cultivo es uniforme, y no ofrece a la vista, escepto cuando las mieses crecen y maduran, mas que inmensos rastrojos, en que pastan los rebaños; dueños absolutos del terreno de España que atraviesan dos veces al año desde el Norte al Mediodía y al contrario, como aves viageras. A este nuevo aspecto de la naturaleza física, se une al entrar en las Castillas otro nuevo aspecto de la naturaleza moral. Los habitantes hermosos, especialmente en las aldeas; pero menos vivos que los montañeses vascos, altos, bien formados, graves, armados siempre de una escopeta ó de una navaja, prontos á emplearlas contra sus compatriotas, y con mas gusto contra los extranjeros, presentan con exageracion todos los rasgos malos y buenos del carácter español, siendo á la vez mas ignorantes, salvages, crueles y valientes que la clase media. Esta, semejante por su instruccion imperfecta á los turcos medio civilizados, ha perdido con su ferocidad parte de su energia. El pueblo en España, que con sus vicios y virtudes ha salvado la

independencia nacional, ofrece un rasgo particular que le distingue de los demas de Europa. Encuéntrase en él, mezclado á las pasiones mas fogosas, una especie de espíritu público, debido á su método de vida, á su aglomeracion en lugares grandes, en donde permanece todo el tiempo que no emplea en las labores de la agricultura y en la recoleccion, para no hacer despues nada. El aldeano francés, belga, inglés y lombardo, diseminado por los campos, ocupado en su constante y variado cultivo, no tiene deseo, ni por ociosidad ni por contacto, de mezclarse en otra cosa que en su trabajo; mas el español, por el contrario, acude á la plaza pública, y allí, embozado en su capa ó apoyado en su palo, y reunido con otros compañeros, habla con asombrosa curiosidad del rey, de la reina y de los negocios públicos; otras veces juega, baila, canta ó corre á los pueblos inmediatos á ver los combates de toros (1), placer sanguiinario de que no sabe privarse ninguna clase de la nacion, y si pasa junto á él un forastero, ó no le mira ó lo hace con la mayor indiferencia. Los españoles se hallaban en aquella época mas dispuestos que nunca á ocuparse de las cosas públicas. Colocados en la estremidad del continente, ya hacia mas de un siglo que no se habían mezclado sériamente en los asuntos de Europa. Algunas batallas navales, algunas operaciones militares en Italia, y una guerra de muy corta duracion en los Pirineos en 1793, no habian podido calmar ni satisfacer sus ardientes pasiones. Presenciando los

(1) Corridas se llaman en España.

(Nota del traductor).

grandes acontecimientos del siglo con la impaciencia de un espectador que quisiera figurar en ellos, se hallaba preparado para tomar en todo una parte immoderada.

Tal era el país y el pueblo, por donde tenia que pasar el ejército francés en marzo de 1808, despues de atravesar el Ebro: Murat fué todavía bien recibido en Burgos, capital de Castilla la Vieja, es decir, con curiosidad y esperanza. Sin embargo, el pueblo que se ocupaba menos que la clase media del objeto que podrian tener los franceses, manifestaba mas disgusto al ver invadido su suelo por unos estrangeros, y esto, unido á la petulante vivacidad de los soldados franceses, que formaba un singular contraste con la gravedad orgullosa del pueblo bajo español, produjo algunas reyertas y navajadas, que fueron vengadas al momento á sablazos. En aquellas colisiones de ambos pueblos, había una circunstancia poco favorable. Hubiera sido muy conveniente presentar á los altivos españoles, tan inclinados á despreciar á los demas, algunos soldados del grande ejército que los hubiesen impuesto por su severo continente, sus heridas, y sus canosos bigotes. Pero aquellas legiones, compuestas de conscriptos de 1807 y 1808, que aun no habian entrado en ninguna accion, con oficiales, como ya hemos dicho, sacados de los depósitos, ó de entre los retirados, (en cuyo caso se hallaban todos los de las cinco legiones de reserva), no tenian para hacerse respetar mas que la inmensa nombradía del ejército á que pertenecian. Como habian salido de los depósitos á la ligera, sin vestuario ni calzado, y aun sin armamento completo, no tenian la brillantéz del equipo que pudiera com-



pensar la juventud de su semblante. Tenian, pues, el doble inconveniente de no ser bastante imponentes, y de presentar las apariencias de una miseria codiciosa, que va á devorar el pais que invade. Habia muchos enfermos; unos de sarna, pegada por los mendigos españoles, y otros por haber sufrido fatigas para que no estaban preparados. Una quinta parte del ejército se hallaba atacada de aquella horrible enfermedad. Para preservar de ella á las tropas de la guardia imperial, habia sido necesario hacerlas vivaquear á campo raso. Creyendo los españoles que aquellos soldados eran los que habian vencido la Europa, decian que no debia ser muy difícil conseguir victorias, pues que para ello habian sido suficientes semejantes tropas, no sabiendo todavía, como por desgracia suya y de la Francia supieron bien pronto, que aquellos jóvenes soldados eran capaces de vencerlos, y aun á otros mas fuertes que ellos, merced al excelente espíritu que los animaba, y á la pericia militar que era casi general en todos los gefes del ejército. Solo los coraceros, cuya alta talla é imponente armadura, disimulaban su juventud, y la guardia, tropa incomparable, eran los que inspiraban al populacho de las ciudades de España, el respeto que hubiera sido necesario inspirarle desde el primer día. En aquel momento no se pensaba todavía en oponer resistencia: solo se aguardaban bienes de los franceses, y escepto algunas disputas accidentales entre los habitantes y nuestros conscriptos, embriagados ó estimulados con el vino de España (1), por la belleza de las mugeres, reinaba la

(1) Segun Mr. Thiers, el vino de Francia no emborracha.

(Nota del traductor).

mayor cordialidad. Varios españoles de los mas despejados, decian con razon, que aquella estraña acumulacion de tropas, tenia por objeto otra cosa que el derribar al principe de la Paz, porque en el estado en que se encontraban los ánimos, una sola palabra de Napoleon hubiera sido suficiente para precipitarle del poder. Pero generalmente ni se creia ni se esperaba mas que la caida del favorito; no se pensaba mas que en esto. Otro rumor, divulgado con destreza, el de una expedicion á Gibraltar, completaba la ilusion general.

Apenas hubo entrado Murat en España, recibió ya dos cartas de su amigo el principe de la Paz, una detrás de otra, felicitándole por su llegada, y haciéndole varias preguntas. El deseo de contestar á ellas, que en cualquiera otra circunstancia hubiera sido muy vivo en el impetuoso Murat, se mitigó fácilmente por el temor de estrechar los vínculos de su amistad con un personage tan impopular, y mucho mas todavía por el de desagradar á Napoleon. Las dos cartas quedaron, pues, sin respuesta. Pero las preguntas del principe de la Paz, no eran las únicas á que estaba espuesto Murat. Las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, que se apresuraron á visitarle y cumplimentarle, provocaban por mil medios indirectos su indiscrecion natural. Mas se contenia, en primer lugar, porque ignoraba los proyectos de Napoleon, y en segundo, porque el objeto general que vislumbraba era tan grave, que hubiera bastado menos talento del que tenia para guardar silencio. Sin embargo, era estremado su despecho al verse en medio de aquel tumulto, sin mas instrucciones que las puramente militares. Asi es, que en cuanto llegó á